

Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: 1898 y el nuevo pensamiento independentista cubano

Autor: Fernández Retamar, Roberto

Forma sugerida de citar: Fernández, R. (2000). 1898 y el nuevo pensamiento independentista cubano. *Cuadernos Americanos*, 2(80), 57-67.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIV, Núm. 80, (marzo-abril de 2000).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

1898 y el nuevo pensamiento independentista cubano*

Por Roberto FERNÁNDEZ RETAMAR
Casa de las Américas, Cuba

1898 OBLIGA A ECHAR UN VISTAZO al nuevo pensamiento independentista cubano. Y si la circunstancia inclina al recuento, dado que conmemoramos una centuria del 1898 desastroso, es menester comenzar antes de ese año en que Cuba cambió de amo. Pues la explosión del acorazado *Maine* en la bahía de La Habana fue sólo un pretexto para un hecho que ya estaba decidido. Las raíces de ese hecho se remontan al menos a 1805, cuando el presidente estadounidense Thomas Jefferson reveló la voluntad de su país de devorar a Cuba, entonces todavía colonia española, como lo era el resto de Hispanoamérica. Ahorrémonos los muchos pasos intermedios, que incluyeron doctrinas y maniobras diplomáticas, intentos de compra, invasiones, conciliábulos de todo tipo. Pero es imprescindible recordar al menos algunas de las observaciones de José Martí. Por lo pronto, detengámonos en dos días de 1889. El 16 de noviembre de ese año, mientras tenía lugar en Washington la primera conferencia panamericana, que mostró a las claras los proyectos imperialistas de Estados Unidos en relación con sus vecinos del Sur, Martí, quien tan vigorosamente analizó y combatió dicha conferencia, escribió a un amigo: “Llegó ciertamente para este país [Estados Unidos] la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico, y sobre las Antillas, sobre nosotros”. A esta aguda previsión, Martí la complementó en carta a otro amigo, el 14 de diciembre de aquel año:

Sobre nuestra tierra [...] hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos, y es el inicuo de forzar a la Isla, de precipitarla a la guerra —para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de me-

* Presentado en julio de 1998, en el Curso Internacional Iberoamericano *De la idea de Imperio a la idea de Comunidad*, que se realizó en Jarandilla de la Vera, Extremadura.

diador y de garantizador, quedarse con ella. Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres —ni maldad más fría.

Movido por estas preocupaciones, Martí fundó en 1892 el Partido Revolucionario Cubano, no sólo para libertar a Cuba y Puerto Rico de España, sino para frenar la expansión del naciente imperialismo estadounidense. En su periódico *Patria* dijo en 1894:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana—, y si libres [...] serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran República del Norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.

Y el 18 de mayo de 1895, la víspera de morir en combate, escribió a su fraterno amigo mexicano Manuel Mercado:

Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso.

Visto lo que ocurrió en 1898, es obvio, para glosar el título famoso, que mucho antes de la fecha el crimen había sido anunciado por Martí. A tres años de su muerte apenas reiniciada la guerra independentista, y cuando tal guerra había sido llevada de un extremo a otro de la Isla, el gobierno español, después de haber perdido decenas de millares de hombres y aplicado medidas como la implacable reconcentración de Weyler, ante su evidente fracaso cambia de giro y pretende otorgar a Cuba, el primero de enero de 1898, un régimen autonómico que es rechazado de plano por los revolucionarios en armas. Cercana ya la victoria de éstos, tiene lugar la voladura del *Maine*, el 15 de febrero; tras ella, la conocida alharaca de la prensa amarillista de Estados Unidos, nacida entonces, y poco después la aprobación por el Congreso de ese país de la Resolución Conjunta (aparentemente en favor de la independencia de Cuba) sancionada por el presidente McKinley que pre-

cipitó la contienda con España. Estados Unidos, que en ningún momento, desde 1868, había reconocido la beligerancia de los cubanos, entendió que había llegado la ocasión de intervenir directamente, con palabras farisaicas y actos militares, a fin de ayudar a que “la fruta madura” cayera en su seno, según la imagen que en 1823 empleara John Quincy Adams. En lo que llamaron su “espléndida guerrita” contra España, Estados Unidos contó con el apoyo de las tropas cubanas, de acuerdo con el principio de que los enemigos de mis enemigos son mis amigos. Pero en realidad no era así. Se trataba, simplemente, de nuevos enemigos, como había previsto con claridad Martí. Ello se hizo evidente al producirse la toma de Santiago de Cuba (que prácticamente implicó el colapso de las fuerzas españolas) por el ejército estadounidense, con el imprescindible auxilio de los cubanos. Estos últimos fueron entonces marginados por vez primera, impidiéndoles entrar en la ciudad, lo que ocasionó una memorable carta, fechada el 12 de julio, del lugarteniente Calixto García, donde, tras impugnar la arbitraria decisión, anunció la renuncia a su cargo. Pero la humillación denunciada con tanta altivez por Calixto García no era sino la primera de una larga lista. A finales de aquel año 1898 se reunirían en París representantes de España y Estados Unidos, con exclusión de los de Cuba, para acordar el tratado sobre cuyas bases se pondría fin a la guerra. Cuba, sencillamente (al igual que otras tierras que habían sido propiedad de España), pasó a manos de Estados Unidos. Se cumplía lo temido por Martí, tal como lo analizó el historiador Ramón de Armas en su libro *La revolución pospuesta: contenido y alcance de la revolución martiana por la independencia* (1975). “La insurrección”, afirmó allí este autor, era “contra la metrópoli, la *revolución* [...] contra la estructura colonial, contra el ordenamiento y espíritu coloniales —en una palabra: contra la colonia”. Y entre 1898 y 1958 Cuba dejó de ser colonia de una metrópoli para pasar a serlo de otra. La revolución diseñada por Martí, independentista y de justicia social, quedó pospuesta, exactamente, durante seis décadas: hasta el primero de enero de 1959.

En las anotaciones de enero de 1899 en su *Diario de campaña*, el mayor general Máximo Gómez escribió que “la actitud del gobierno americano no revela más que un gran negocio”. Y añadió:

Tristes se han ido ellos [los españoles] y tristes hemos quedado nosotros; porque un poder extranjero los ha sustituido. Yo soñaba con la paz con

España, yo esperaba despedir con respeto a los valientes soldados españoles, con los cuales nos encontramos siempre frente a frente en los campos de batalla [...] Pero los americanos han amargado con su tutela impuesta por la fuerza la alegría de los cubanos vencedores; y no supieron endulzar la pena de los vencidos.

Al fin, tras no pocos forcejeos, en julio de 1900 el gobernador militar de la Isla convocó a una Asamblea para elaborar la Constitución por la cual se regiría la proyectada República. En febrero de 1901 la Constitución estuvo redactada. Pero ese mismo mes el gobierno de Estados Unidos aprobó la Enmienda Platt, que al permitir oficialmente la intervención yanqui imponer determinadas limitaciones y obligar a la Isla a ceder a Estados Unidos parte de su territorio (que al cabo sería, hasta hoy, la base naval situada en Guantánamo), hizo de la Isla un abierto protectorado, y fue dada a conocer de inmediato a los constituyentes, haciéndoles saber que de no añadirse a la flamante Constitución, no cesaría la ocupación yanqui. A pesar de que contra la Enmienda se alzaron los enérgicos votos particulares de los próceres Salvador Cisneros Betancourt y Juan Gualberto Gómez, no lograron impedir la aceptación del ominoso engendro, pues su rechazo implicaría la permanencia *sine die* del gobierno estadounidense. Concluida la votación, el general Lacet exclamó, interpretando el sentir de los constituyentes:

Tres fechas tiene Cuba. El 10 de octubre de 1868 aprendimos a morir por la patria. El 24 de febrero de 1895 aprendimos a matar por la independencia. Hoy, 28 de mayo de 1901, día para mí de luto, nos hemos esclavizado para siempre por férreas y gruesas cadenas.

Con tales cadenas surgió el 20 de mayo de 1902 la mediatizada República de Cuba. De tales cadenas iba a formar parte también el leonino Tratado de Reciprocidad Comercial entre Cuba y Estados Unidos, impuesto a principios de 1903. Otro prócer, Manuel Sanguily, se opuso a dicho Tratado en dos fogosos y argumentados discursos que no lograron su cometido, así como tampoco fue aceptado su proyecto de ley para impedir que tierras cubanas fueran vendidas a extranjeros. La desnacionalización del país parecía indetenible, y no haría sino agravarse cuando una nueva intervención de Estados Unidos en Cuba, entre 1906 y 1909, entronizó la corrupción administrativa. La destartalada República era el escarnio de aquella por la que habían peleado los insurrectos, y en particular su principal vocero, José Martí. Una difundida canción de

la época expresó con intensidad el clamor popular. Se trató de la “Clave a Martí”, atribuida a Emilio Villillo:

Aquí falta, señores, ay, una voz [. . .]
 de ese sinsonte cubano,
 de ese mártir hermano
 que Martí se llamó, ay, se llamó.//
 Aquí falta el clarín de mi Cuba,
 aquí falta su voz que se apagó.//
 Martí no debía de morir, ay, de morir.
 Si fuera el maestro y el guía
 otro gallo cantaría,
 la patria se salvaría
 y Cuba sería feliz, ay que feliz.

En 1913 apareció un libro del joven Julio César Gandarilla que se hizo eco del anhelo con violencia panfletaria: *Contra el yanqui*, cuyo subtítulo no puede ser más revelador: *Obra de protesta contra la Enmienda Platt y contra la absorción y el maquiavelismo norteamericanos*. En su capítulo “Resucita, Martí”, el autor exclama: “¡Oh Martí, resucita! Levanta tu pueblo a la rebeldía contra el tirano. Pon tu cara a morir de cara al sol en esta pelea con el Hipócrita del Norte, que engañó [a] tus compatriotas con el villano elogio de la zorra al pobre cuervo de la fábula”. Pero en su momento el libro contrastó con la forma por lo general prudente en que la gran mayoría de los pensadores cubanos solía abordar el ígneo problema.

Hubo que esperar a la tercera década, y a la irrupción de una nueva generación, para que la contradicción pueblo-imperialismo se presentara en toda su crudeza y fuera asumida por un equipo de creciente radicalismo. Contribuyeron a ello una intensa crisis económica al iniciarse la década, y el inocultable desbarajuste político del país. Cuando no se padecía la ocupación directa, los embajadores de Estados Unidos se comportaban como verdaderos procónsules. En esas condiciones, aquellos jóvenes descubren, deslumbrados, a Martí y a su prédica antiimperialista, la cual fue subrayada por un hombre de la anterior generación que se vinculó a ésta: Emilio Roig de Leuchsenring. El año decisivo de la eclosión fue 1923, cuando se produjo la Protesta de los Trece, en la que un grupo de intelectuales encabezados por Rubén Martínez Villena denunció una maniobra corrupta del gobierno de turno y

expresó su total desacuerdo con el régimen imperante. Aquel año 1923, también, Julio Antonio Mella encabezó la Reforma Universitaria; comenzó a reunirse el que sería conocido como Grupo Minorista, formado por intelectuales de orientación de Izquierda; se crearon la Falange de Acción Cubana y el Movimiento de Veteranos y Patriotas, con la voluntad de adecentar y liberar al país, y la Universidad Popular José Martí, volcada hacia el proletariado. Dos años después, Mella, de intenso dinamismo y análisis drásticos (según lo muestran ensayos suyos como "Cuba, un país que jamás ha sido libre"), quien ya había impulsado la Liga Antiimperialista, estuvo entre los fundadores del Primer Partido Comunista Cubano, tras de lo cual fue obligado al destierro, y se creó la Confederación Nacional Obrera de Cuba. En 1927, en el número inicial de la revista de Rubén Martínez Vilella *América Libre*, apareció el primer análisis marxista sobre Martí, debido a Mella. A partir de ese texto fundador, en el movimiento comunista cubano el marxismo genuino aparecerá constantemente permeado del ideario martiano. Ese año ingresó en el Partido Comunista el propio Rubén, y escribió "Cuba, factoría yanqui" (que Mella llevaría al Congreso Antiimperialista de Bruselas) y la "Declaración del Grupo Minorista", donde se planteó que entre otros fines el Grupo laboraba "por la independencia económica de Cuba y contra el imperialismo yanqui". Pero tal "Declaración", motivada por la traición de un miembro del Grupo, fue también su canto de cisne. El país, intensamente politizado, iba a intentar "la revolución pospuesta", en principio contra la tiranía de Gerardo Machado, pero más allá de esta meta, con orientaciones antiimperialistas y de justicia social, como correspondía a la auténtica herencia martiana, lo que dividió las aguas. En 1929 fue asesinado Mella en México por sicarios de Machado. El 30 de septiembre de 1930 los estudiantes universitarios, que ya habían mostrado su insurgencia en varias ocasiones después de 1923, sobre todo en 1927, salieron en manifestación de protesta en la que cayó abatido uno de ellos, y fue encarcelado el profesor Juan Marinello, brillante ensayista y futuro presidente del partido de los comunistas. Raúl Roa será el cronista mayor de la jornada, que años después iba a ser evocada por uno de los manifestantes, José Lezama Lima, en su novela *Paradiso*. A la agitación obrera se sumaba la estudiantil. Numerosos documentos, y sobre todo cuantiosas acciones daban fe de la efervescencia que se experimentaba, a la cual el gobierno respon-

día con medidas cada vez más sanguinarias. El creciente enfrentamiento anunciaba la inminente caída del régimen.

Ante esta realidad, el gobierno de Estados Unidos envió en mayo de 1933 a Benjamin Sumner Welles, como embajador, con la finalidad de impedir el estallido de un brote revolucionario. Se trató de lo que se conoce en Cuba como “la Mediación” por excelencia, bien estudiada en “La misión Welles” por Carlos Rafael Rodríguez en 1957, cuando se temía que algo similar pudiera repetirse. Welles maniobró astutamente, y si no pudo impedir que una huelga general auspiciada por los comunistas obligara a Machado a abandonar el país el 12 de agosto de ese año, logró que de momento se implantara un gobierno fantoche. Pero el 4 de septiembre una revuelta de sargentos y grupos estudiantiles lo derrocó y, después de algunos tanteos, estableció durante cien días el único gobierno cubano que hasta 1959 intentara remover la estructura colonial de la República. Ese gobierno lo presidía el nacional reformista Ramón Grau San Martín, pero tenía como fuerza impulsora al nacional revolucionario Antonio Guiteras. Estados Unidos retiró a Welles, negó su reconocimiento al gobierno de Grau San Martín y rodeó la Isla de buques de guerra. Por desgracia, aquel gobierno, el cual tomó medidas indudablemente progresistas, como la nacionalización de empresas estadounidenses, e hizo posible la abrogación de la Enmienda Platt, no contó con el apoyo de la mayoría de los grupos revolucionarios del país, que no comprendieron la naturaleza del nuevo régimen. Mientras tanto, “un sargento llamado Batista”, según lo nombrara Welles, surgido a la historia el 4 de septiembre de 1933, y hecho hombre fuerte del ejército, se entregó a los yanquis, traicionó el movimiento y lo hizo abortar en enero de 1934. Un nuevo Tratado de Reciprocidad Comercial acordado con Estados Unidos en agosto de ese año volvió a uncir a Cuba a aquéllos, aunque no existiera la Enmienda Platt. Ya había advertido Enrique José Varona que la Doctrina Monroe hacía innecesaria tal Enmienda, como tantos países de la zona experimentaron. Batista no sólo nombró, en connivencia con Washington, sucesivos gobiernos títeres, sino que implantó el terror, aplastó en sangre una huelga en marzo de 1935 e hizo asesinar a Guiteras, quien en 1934 había fundado el movimiento Joven Cuba, cuyo programa sostenía como “*idea polar de nuestra orientación: para que la ordenación orgánica de Cuba en Nación, alcance estabilidad, precisa que el Estado cubano se estructure conforme a los postulados del Socialismo.*” Mientras,

Cuba estará abierta a la voracidad del imperialismo financiero". Se había clausurado un ciclo revolucionario, sobre el cual en 1995 Lionel Soto daría una visión de conjunto en *La revolución precursora de 1933. Un momento trascendental en la continuidad revolucionaria de José Martí*.

En la época inmediatamente posterior, usufructuando con malicia el nombre del partido martiano y el recuerdo de la gestión revolucionaria de Guiteras, creció el Partido Revolucionario Cubano, que se decía Auténtico. Por otra parte, influidos por la solidaridad con la República Española, y en general el movimiento antifascista mundial (que también se manifestaba en zonas del gobierno de Roosevelt), se desarrollaron en el país fuerzas de izquierda, incluso comunistas. Hechos así viabilizaron una Asamblea Constituyente que en 1940 acordó una Constitución de rasgos progresistas. Ese año, dentro del criterio de los Frentes Populares, Batista fue electo presidente con el apoyo de partidos muy diversos y hasta antagónicos. En 1944, también en elecciones, llegaron al poder los auténticos, quienes pronto se revelaron tan corruptos como Batista, lo que llevó al prestigioso líder Eduardo Chibás a romper con ellos y crear el Partido del Pueblo Cubano, llamado Ortodoxo. Su lema "Vergüenza contra dinero" podría parecer un programa escueto, pero la desafortunada corrupción le daba fuerza particular, y atrajo a las masas. Además, el nuevo partido albergaba, entre varias tendencias, una izquierda independiente que se hacía sentir sobre todo en su Juventud, a la cual pertenecía Fidel Castro. Chibás, un dirigente carismático como el colombiano Gaitán, se suicidó en 1951 ante el micrófono de su hora radial para despertar, con lo que llamó su "último aldabonazo", la conciencia de la nación. En 1952 se produjo un golpe de Estado proimperialista de Batista, dirigido sobre todo contra el triunfo electoral, que se daba por seguro, de la Ortodoxia en las elecciones convocadas para ese año.

Se abrían condiciones para intentar de nuevo "la revolución pospuesta". El 26 de julio de 1953, jóvenes, en su casi totalidad ortodoxos, encabezados por Fidel, asaltaron dos cuarteles en Oriente. Detenido, Fidel proclamó que el autor intelectual era José Martí, lo que reiteró en su autodefensa, devenida programa de la revolución naciente: *La historia me absolverá*. Su Movimiento 26 de Julio, unido a otras fuerzas como el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y el Partido Socialista Popular (comunista), tras años

de luchas en la Sierra y el Llano, lograron derrocar la tiranía el primero de enero de 1959.

La hostilidad del gobierno de Estados Unidos no se hizo esperar, y alcanzó violencia particular cuando se emitió, en mayo de ese año, la ley de Reforma Agraria, que inevitablemente afectó intereses norteamericanos. A las iniciales campañas de prensa las siguieron una guerra económica que pronto asumió forma de bloqueo, maniobras diplomáticas, agresiones varias. Cuba respondió en numerosos discursos apasionados y razonadores de sus dirigentes, sobre todo Fidel, y notas vibrantes como las que redactó su canciller, Roa. Empujada por la brutal presión yanqui y movida por su voluntad de liberación verdadera, la Revolución, según lo había previsto Guiteras, fue moviéndose hacia posiciones socialistas. Al dirigirse al Congreso de Juventudes reunidas en La Habana, el Che Guevara explicó el 28 de julio de 1960: "Si a mí me preguntaran si esta revolución que está ante los ojos de ustedes es una revolución comunista [...] vendríamos a caer en que esta revolución, en caso de ser marxista [...] será porque descubrió también, por sus métodos, los caminos que señalara Marx".

Consecuente con este descubrimiento (y con las transformaciones estructurales que en respuesta a la hostilidad estadounidense el país había ido realizando, como las nacionalizaciones de las grandes empresas), Fidel leyó al pueblo el 2 de septiembre de ese 1960 la que vendría a ser la primera *Declaración de La Habana*, donde estaba virtualmente expresado el carácter socialista que había asumido la Revolución. Algo más de un mes después, el 8 de octubre, el Che publicó sus *Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana*, aún más explícitas. Y el 16 de abril de 1961, en el entierro de las víctimas de los bombardeos estadounidenses a la Isla que preludiaron la invasión mercenaria del 17 de abril, Fidel proclamó en dramático discurso: "Eso es lo que no pueden perdonarnos: [...] ;que hayamos hecho una revolución socialista en las mismas narices de los Estados Unidos! [...] Compañeros obreros y campesinos: ésta es la revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes". Cuando, aduciéndose el carácter marxista de su régimen, Cuba fue expulsada de la Organización de Estados Americanos en 1962, respondió con la *Segunda Declaración de La Habana*, más radical que la primera.

Lejos de escarmentar por la derrota que se le infligiera en Playa Girón (prefiere hablar de Bahía de Cochinos), Estados Unidos

urdió nuevas maniobras agresivas ese mismo año 1962, lo que obligó a Cuba a aceptar la proposición soviética de instalar cohetes atómicos en la Isla para su defensa. El resultado fue la conocida Crisis de Octubre de 1962, que puso al mundo al borde de la colisión nuclear. Cuando los soviéticos decidieron unilateralmente retirar los cohetes y aceptar la inspección demandada por Estados Unidos (y terminantemente rechazada por Cuba), la respuesta cubana fue el plan de cinco puntos planteados por Fidel como única solución verdadera a la Crisis y sus causas (sobre el desarrollo de la Revolución Cubana, en 1966 Carlos Rafael Rodríguez escribiría *Cuba en el tránsito al socialismo, 1959-1963*). En marzo de 1965 apareció *El socialismo y el hombre en Cuba*, del Che, y en octubre de ese año, al dar a conocer la composición del Comité Central del nuevo Partido Comunista de Cuba, Fidel leyó la carta de despedida que le había dejado el Che, quien había salido a pelear a "otras tierras del mundo". Pero se tardaría un tiempo en hacerse pública su actuación guerrillera fuera de Cuba, primero en el Congo y luego en Bolivia, donde sería asesinado en octubre de 1967. Aunque fueron muchísimos los cubanos que participaron en tareas similares, la del Che quedaría como la figura emblemática del internacionalismo de la Revolución Cubana, internacionalismo cuyas raíces también se remontan a Martí, quien había planteado: "Patria es humanidad"; y se reiteraría en las conductas de Mella, Rubén, Guiteras o el millar de voluntarios cubanos que, como Pablo de la Torriente, fueron a defender la agredida República Española. Ante el feroz comportamiento del imperialismo estadounidense y sus cómplices en numerosos países latinoamericanos, Cuba favoreció el entrenamiento y envío de guerrillas, que serían aplastadas implacablemente por el nuevo imperio (como también lo fue el gobierno del socialista Allende en Chile, que había llegado al poder en elecciones convencionales). En África, sin embargo, donde había antecedentes como el del Che en el Congo, la presencia cubana hizo posible ayudar a Angola, favorecer la independencia de Namibia, contribuir a la extinción del *apartheid* en África del Sur (esto último lo ha proclamado noble y valientemente Nelson Mandela), además de proveer de muchísimos médicos, maestros y otros trabajadores.

Percibiendo en los países europeos que se decían socialistas deformaciones sobre las que había advertido el Che, y su influencia negativa en el país, a mediados de los años ochenta Cuba inició un proceso de rectificación. Pero los hechos se precipitaron, y

aquellas deformaciones, como se sabe de sobra, hicieron extinguir al llamado campo socialista europeo, con el cual, debido al bloqueo, mantenía abundantes nexos económicos Cuba, que estableció entonces un “periodo especial en tiempo de paz”, para hacer frente a la grave situación. La misión internacionalista de Cuba, afirma Fidel, es ahora salvar su Revolución. Por su parte, Estados Unidos ha recrudecido su bloqueo (abrumadoramente rechazado por la Asamblea General de las Naciones Unidas) con hechos aberrantes, como la Ley-Helms Burton, que pretende obligar al mundo entero a someterse a su política de hostigamiento bárbaro contra Cuba. Ricardo Alarcón ha desenmascarado esta heredera particularmente sañuda de la Enmienda Platt y otras medidas agresivas. Cuba bracea por afirmarse en medio de un ambiente hostil, que no le ha impedido restablecer relaciones diplomáticas con casi todos los países americanos, multiplicar sus nexos económicos, salvaguardar su independencia, sus conquistas, su dignidad. El 14 de mayo del año 1998, a un siglo de aquel 1898 infausto, al hablar en Ginebra con motivo del quincuagésimo aniversario de la Organización Mundial de la Salud, dijo Fidel:

Cuba, con una mortalidad infantil de 7.2 por mil nacidos vivos en el primer año de vida; un médico cada ciento setenta y seis habitantes, que es el más elevado índice del mundo, y una perspectiva de vida que rebasa los setenta y cinco años, cumplió ya desde 1983 el Programa de Salud para todos en el año 2000. A pesar del cruel bloqueo que sufre desde hace cuarenta años, a pesar de ser un país pobre del Tercer Mundo. El intento de practicar el genocidio contra nuestro pueblo nos hizo multiplicar nuestras fuerzas y nuestra voluntad de vivir. ¡El mundo también puede luchar y vencer!